

La construcción de la identidad nacional palestina y su negación en el conflicto palestino-israelí

Kevin Ary Levin*

A lo largo del conflicto palestino-israelí, diversas voces políticas, periodísticas y académicas han adoptado una actitud que podemos calificar como negación de los palestinos en tanto nación diferenciada de los países árabes circundantes, o del mundo árabe en general. El presente artículo constituye un análisis sociohistórico que busca identificar los orígenes del pensamiento nacional palestino; analizar los acontecimientos internos, regionales y globales que contribuyeron a conformar esta identidad; los argumentos que históricamente fundamentaron la negación de la identidad palestina; así como las diversas formas en las que se expresó esta identidad a la luz de las teorías predominantes sobre identidad nacional y el nacionalismo que ponen el foco en la construcción social de una idea nacional..

PALABRAS CLAVE: nación – nacionalismo - palestinos – narrativa – negación

Throughout the Israeli-Palestinian conflict, several voices from politics, journalism and the academia have adopted an attitude that could be defined as negation of the Palestinians in terms of a nation that is different from the neighboring Arab countries, or from the Arab world in general. This article constitutes a socio-historical analysis that seeks to identify the origins of Palestinian national thought; to analyze the internal, regional and global events that contributed to the construction of this identity; the arguments that have been used historically for the negation of Palestinian nationhood; as well as the diverse forms through which this identity has been expressed in light of the predominant theories about national identity and nationalism that focus on the social construction of a national idea.

KEYWORDS: nation – nationalism – Palestinian – narrative – negation

Introducción

El conflicto palestino-israelí se ha caracterizado por una multiplicidad de formas de lectura divergentes sobre su significado histórico y los factores que lo determinan. Mientras que la principal de ellas se basa en identificarlo como un conflicto entre naciones y narrativas nacionales contrapuestas alrededor de la cuestión de la legítima pertenencia a un mismo territorio (más allá de que las fronteras puedan variar de acuerdo al actor o momento histórico), una estrategia implementada por ambas partes a lo largo del conflicto ha sido la negación del otro en términos de entidad nacional. De esta forma, por ejemplo, la Carta Nacional Palestina (1968) reza en su artículo 20: “Siendo el judaísmo una religión, no es una nacionalidad independiente.” De esta forma, se negaba la premisa básica del movimiento sionista: la identificación de los judíos como nación y, por lo tanto, del sionismo como su movimiento de liberación nacional en pos de su derecho de autodeterminación.

De forma equivalente, la negación de la identidad nacional palestina ha tomado diversas formas. Quizás la más conocida es la generalmente mal citada frase de la entonces Primera Ministra de Israel Golda Meir en 1969, quien afirmó: “No existía tal cosa como los palestinos... Era el Sur de Siria antes de la Primera Guerra Mundial, y luego fue Palestina incluyendo Jordania. No sucedió que existía un pueblo palestino en Palestina que se considerara palestino hasta que llegamos nosotros, los expulsamos y les sacamos el país. No existían.” Para realizar un análisis más detallado del concepto de un “pueblo inexistente”, es necesario hacer una aclaración teórica sobre el concepto de nación y nacionalismo.

Sobre naciones y nacionalismo

En términos generales, existen dos escuelas teóricas para abordar la llamada “cuestión nacional”. Por un lado, los esencialistas (llamados a veces nacionalistas o primordialistas) ven el fenómeno básico de la nación como algo atemporal o muy

* Estudiante avanzado de Sociología - UBA.

antiguo, aunque posiblemente haya tomado formas diferentes a lo largo de la historia. Los pensadores que lo conforman ven una serie de atributos esenciales para la existencia de una nación, entendida como una entidad real y ajena a consideraciones de subjetividad, que incluye a menudo requisitos básicos a nivel cultural, religioso y hasta “racial”.

El autor de estas líneas ve en esta primera escuela una herramienta insuficiente para entender las identidades nacionales en términos generales, y en el mundo árabe en particular. Es por eso que se debe recurrir a la escuela modernista o historicista de la cuestión nacional, que ve la nación como un dispositivo político moderno, el resultado de un proceso dinámico y cambiante de construcción de lo que Anderson llama una “comunidad imaginada” (puesto que es imposible que todos sus integrantes se conozcan, pero sin embargo los une un sentimiento de solidaridad), limitada y soberana, unida por una noción construida de pasado común y futuro colectivo. (Anderson, 1993; Hobsbawm, 2012; Gellner, 1983) Esta construcción es gradual y abarca de forma creciente a distintos grupos sociales dentro de una determinada nación. La noción vinculada de nacionalismo es entendida como el principio según el cual el deber político de los miembros de una determinada nación hacia la misma se sobrepone a cualquier otra obligación pública (Hobsbawm, 2012:17).

Una de las particularidades del mundo árabe que hace necesaria la adopción de esta visión es la relativamente reciente adopción del pensamiento nacionalista, que debe ser pensado a la luz de la penetración cultural, política y económica del imperialismo europeo durante el siglo XIX. En esta influencia cultural, que no debe ser vista como una mera réplica, identidades nacionales específicas (jordana, siria, palestina, etc.) surgen en contraposición o en convivencia con formas más tradicionales de identificación, tanto aquellas que son más abarcativas, como la de la *ummah* (la comunidad de fe islámica) y la de *watan* (la gran nación árabe); así como las más pequeñas, tales como las identidades tradicionales de clanes, tribus o inclusive identidades locales.

Estas múltiples identificaciones han contribuido a distorsionar la visión del mundo occidental sobre el nacionalismo árabe, llegando en algunos casos a su negación o a corrientes historiográficas que definen a estas naciones como una “fabricación” o “manipulación” histórica. En el caso del pueblo palestino, su negación como nación implica a menudo el fundamento de argumentos que niegan su derecho a autodeterminación y su narrativa nacional de pertenencia a la tierra en lo que hace al conflicto con los israelíes. Entre otros, estos argumentos sostienen que la región históricamente se encontró escasamente poblada por árabes, que son simplemente miembros de la nación árabe sin

una identificación particular histórica, o que la identificación como palestinos es reciente y meramente el resultado directo de su lucha contra el movimiento sionista e Israel (Bar-Tal y Salomon, 2006). Se vuelve necesario entonces hacer un breve recorrido histórico para encontrar los orígenes y vaivenes de la comunidad imaginada palestina, cuyos hitos serán resumidos en las siguientes líneas. Si bien se entiende este proceso como un desarrollo continuo, las limitaciones de espacio obligarán a detener el análisis en 1967, año que inicia una nueva fase en la historia del conflicto y en la vida de una gran parte del pueblo palestino, selección temporal que, sin embargo, permite analizar de forma suficiente el proceso detallado en los objetivos de este trabajo.

Desde fines del Imperio Otomano hasta la Primera Guerra Mundial

La noción de una región conocida como Palestina, con fronteras difusamente establecidas, deriva del valor religioso de la región (tradicionalmente denominada *ard al-muqadasa* o “tierra santa”). Sin embargo, podemos encontrar los primeros rasgos de una idea nacional a fines del siglo XIX en el contexto de un Imperio Otomano cambiante y políticamente en decadencia donde comenzaron a aflorar movimientos “protonacionalistas”. Es en este contexto de colonialismo europeo, modificaciones a la estructura productiva, industrialización y urbanización rápidas, surgimiento de nuevas clases sociales y difusión de la educación formal que podemos entender las primeras sociedades culturales árabes que buscaban reforzar su legado cultural y que con el tiempo se volverían en la plataforma de difusión del nacionalismo (Ayyad, 1999).

Si bien las fronteras políticas de la región conocida como Palestina fueron modificadas a lo largo del Imperio Otomano por consideraciones políticas y económicas, brotes del nacionalismo surgieron en un proceso donde uno de los factores determinantes fue la aparición de la prensa escrita. Los medios que abundaron en la región a partir de 1908 (ayudados por las nuevas leyes vinculadas a la libertad de prensa en el imperio) hacen referencia en sus nombres a una pertenencia a la tierra: *Al Quds*, *Filastin*, *Al Karmil*. Pero era su contenido más que sus nombres lo que contribuyó a la consolidación de la identidad nacional: se oponían en su oposición a la creciente inmigración judía a la región desde 1882 y la compra de tierras por parte del movimiento sionista (Khalidi, 1997). Anderson (1993) reflexiona sobre los efectos sociales de la prensa escrita en la conformación de una nación, al poder esta determinar los hechos que serán relevantes como noticias locales, marcando así una frontera tácita entre los asuntos de una comunidad y los asuntos externos. En base a esto, Ben-Ami sostiene que los árabes de la región no estaban ciegos a la amenaza sionista,

sobre todo cuando la conciencia nacional palestina empezó a evolucionar, proceso que él ubica en la primera década del siglo XX, en consonancia con la aparición de la prensa local (Ben-Ami, 2006). La prensa tiene influencia en la demarcación de naciones a nivel de la conciencia colectiva.

Sin embargo, pensando la formación de la identidad nacional como algo gradual, es posible suponer que esta conciencia nacional no se encontraba asumida por la mayoría del pueblo palestino, sujeto como estaba a condiciones de vida de privación y fragmentación y sin acceso a la prensa escrita, sino a sectores avanzados de la burguesía urbana incipiente con acceso a la educación y alto capital cultural.

En la segunda gran oleada de migración judía conocida como la Segunda Aliá (1904-1914), el proceso de proletarización del campesinado árabe aumenta debido a la adopción por parte del movimiento sionista del principio del “trabajo hebreo”, cuyos efectos fueron perjudiciales para las condiciones de vida del campesinado árabe palestino que era despojado de su fuente de trabajo en las tierras recientemente adquiridas, generando así un proceso de desarraigo y proletarización del campesinado palestino tradicional que serviría eventualmente como fundamento para protestas que no tardaron en fundirse con reivindicaciones de tipo nacionalista (Kimmerling, 2000 y Khalidi, 1997).

Sin embargo, estos reclamos no equivalían a garantizar una conciencia colectiva y la movilización de toda la sociedad considerada como palestina. Siguiendo los trabajos de Weinstock y de Peretz, podemos pensar a los árabes palestinos como una sociedad vertical y horizontalmente estratificada (Peretz, 1982) con una enorme brecha social e insalvables diferencias entre las regiones, clases, religiones y condiciones de vida en su interior, incapaz por lo tanto de generar un movimiento nacionalista efectivo.

El período británico (1918-1948)

La conquista británica de la región entre 1917 y 1918 y el desmantelamiento del Imperio Otomano inauguró una nueva etapa en la región y en la vida de los árabes y judíos locales, así como sus formas de identificación colectiva.

Con el ingreso de británicos y franceses a zonas anteriormente administradas por el Imperio Otomano, se acompañaban una serie de expectativas derivadas de los compromisos asumidos por las potencias a cambio del apoyo árabe durante la guerra. La división entre estas de la región mediante los acuerdos de Sykes-Picot, hecho que definió de forma relevante las fronteras definitivas de la región, fue vista en el mundo árabe como una traición a los compromisos de la Correspondencia Hussein-McMahon. Sumado a esto, en 1917, la Declaración Balfour declaró el beneplácito británico

al “establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío”, refiriéndose a los palestinos (por aquel momento, 90% de la población), simplemente como “comunidades no judías”. Esto significó para la población árabe local un despertar de sentimientos anticoloniales, con la conciencia de que ese era el comienzo de una época que requeriría de unión y de resistencia. (Kimmerling, 2000)

“Es posible suponer que esta conciencia nacional no se encontraba asumida por la mayoría del pueblo palestino, sujeto como estaba a condiciones de vida de privación y fragmentación y sin acceso a la prensa escrita, sino a sectores avanzados de la burguesía urbana incipiente con acceso a la educación y alto capital cultural.”

En base a esto, en el período posterior a la Primera Guerra Mundial, muchos en Palestina y otras zonas del mundo árabe tenían la esperanza de que Amir Faysal (que había sido coronado rey por el congreso sirio) unificara la región en un Estado independiente conocido como la Gran Siria, pero estas esperanzas se desvanecieron luego de que los franceses derrocaran a Faysal, dando fin al primer experimento árabe de independencia en territorios antiguamente pertenecientes al Imperio Otomano (Khalidi, 1997). Esta propuesta, recibida con entusiasmo por los árabes de palestina (que veían en ella una posible salida tanto del control británico como de la amenaza sionista) es considerada por diversos autores como una evidencia de la “invención” del pueblo palestino como estrategia política y manipulación de la historia (Curtis, 2011). Sin embargo, plantear esta incompatibilidad significa desconocer las particularidades mencionadas del nacionalismo árabe y su surgimiento relativamente reciente en la historia, en convivencia con otras formas de identificación históricas. La dificultad de entender el surgimiento de nacionalismos a raíz de cambios políticos y de experiencias recientes es superada al pensar en la compleja y cambiante relación entre la formación histórica de las ideas nacionales y las instituciones, que no son determinadas por una identidad nacional ahistórica. En contraste a esta negación, podemos pensar el nacionalismo particularista palestino de hoy como una identidad colectiva que convive inicialmente con otras y adquiere hegemonía luego de una serie de fracasos, dentro de los cuales el de la

Gran Siria como Estado independiente es uno de los primeros.

Mientras que los estudios sobre los medios gráficos de la época realizados por Khalidi indican un alto grado de conciencia nacional palestina, es lógico suponer que esta estaba concentrada principalmente en los sectores dotados tanto de capital cultural como económico, mientras que grandes diferencias sociales y divisiones políticas continuaban marcando la vida de los árabes de la región. Khalidi sostiene que en este período existe un importante consenso sobre la idea de Palestina como una entidad separada pero integrante del mundo árabe entre la población urbana, letrada, politizada y de clase media y alta de la población. Pero también había un creciente interés político entre la población rural vinculada a la expansión del sistema educativo encarada durante el Mandato, algo clave para la difusión del nacionalismo (Khalidi, 1997).

Mientras tanto, la intervención de las autoridades británicas contribuyeron a establecer los primeros rasgos de organizaciones palestinas de carácter nacional. En 1920, el Alto Comisionado fundó el cargo de muftí (ocupado por Haj Amin Al Huseini, un nacionalista proveniente de una familia de notables) y permitió la fundación en 1922 del Consejo Musulmán Supremo, convertida por el muftí en su plataforma política para la lucha nacional árabe (Ben Ami, 2006:23). Este órgano incentivó los disturbios antijudíos de 1929. El liderazgo del muftí Husseini se reforzó y volvió indiscutible a medida que prosiguió el desposeimiento del campesinado palestino (Ben-Ami, 2006:34), siendo él quien encabeza el Alto Comité Árabe, fundado en 1936.

La continua venta de tierras de manos árabes a las organizaciones centrales del movimiento sionista y el desposeimiento del campesino árabe llevaron a la revuelta árabe de 1936 a 1939 instigada por el Alto Comité Árabe, un hito importante en el conflicto por ser uno de los pocos momentos en los que la sociedad palestina pudo superar las enormes diferencias sociales y de clase que históricamente le habían impedido su movilización efectiva (Peretz, 1982:28). Sin embargo, la brutal represión británica descabezó a la comunidad árabe de Palestina, dejándola sin líderes e instituciones representativas, llevándola al borde del colapso y la disolución y con pérdidas humanas y materiales importantes, anticipando y creando así las condiciones para los eventos que serían recordados como la Nakba palestina de 1948. El Alto Comité Árabe fue disuelto y se envió a todos sus dirigentes al exilio. El muftí, principal instigador de la insurgencia y encarnación del nacionalismo palestino, huyó del país.

Sin embargo, el significado de la revuelta para el nacionalismo palestino puede ser entendido en su sentido positivo. A nivel simbólico (dimensión imprescindible para la formación de una comunidad imaginada), los hechos de 1936-1939 dejaron su impronta en la construcción de la memoria

colectiva del pueblo palestino. La mitología y el espíritu del heroísmo y la resistencia palestinos quedaron grabados con firmeza en la mente colectiva de la nación derrotada. La conclusión que se extrajo era la de un liderazgo tradicional que traicionó a su pueblo huyendo por su cuenta o exiliado a la fuerza por los británicos; mientras que se contaba ahora con un panteón de héroes de la resistencia (entre ellos, Izzedin al-Qassam) (Ben-Ami, 2006; Khalidi, 1997) a partir del cual se podía modelar en años futuros la actitud deseada del luchador por la libertad de Palestina.

Hacia mediados de la década de 1940, gran parte del debate público giraba alrededor del Plan de Partición, rechazado por el nuevo liderazgo árabe. En este sentido, Al-Shuaibi (1979) ve en la propuesta fallida de la ONU un reconocimiento al derecho palestino a un Estado, que tendría consecuencias en la forma en la que los palestinos se verían a sí mismos en el futuro.

Desde la creación del Estado de Israel hasta la víspera de la Guerra de los Seis Días: 1948 a 1967

La creación del Estado de Israel tuvo fuertes repercusiones sobre los palestinos. En los eventos que pasaron a ser recordados como la *Nakba*, aproximadamente 700.000 árabes se fueron del territorio del ex Mandato Británico de Palestina (Ben Ami, 2006:58; Khalidi, 1997:200). Además, las situaciones de horror vividas durante la guerra permanecieron grabadas en la memoria colectiva palestina, ejerciendo un poder simbólico en la conciencia nacional: episodios con altos números de muertes civiles, expulsiones en masa, y asentamientos árabes destruidos. A partir de este éxodo, la demanda de retorno al territorio abandonado se convirtió en una de las banderas del movimiento nacional palestino; en las palabras de Ben-Ami, en “*un principio definitorio de su identidad nacional, su sueño colectivo unificador*” (2006:64), encontrándose sin embargo con la negativa israelí a si quiera discutir el derecho de retorno de los refugiados.

Sin embargo, desde diferentes perspectivas varios autores observan la baja presencia de los reclamos y acciones palestinos ante esta situación luego de la creación del Estado de Israel. Es por esto que Said y otros autores lo califican como un “interregno” dentro de la lucha nacional palestina (AAVV, 1985). Sin embargo, Weinstock se refiere a la creación del Estado de Israel y los hechos englobados en la *Nakba* palestina como “*la conformación de su identidad nacional*” (Weinstock, 1973:43).

¿Es entonces la fundación del Estado de Israel un golpe o el impulso definitivo para el desarrollo del nacionalismo palestino? Paradójicamente, a la luz de un análisis histórico, parece ser ambos elementos a la vez. Mientras que es lógico



pensar que los hechos de 1948 y la experiencia palestina posterior cristalizó de forma definitiva una identidad nacional aun ante la ausencia de un Estado en base a una experiencia común y una memoria colectiva (Khalidi, 1997), la situación de fragmentación, represión, influencias externas árabes a menudo perjudiciales a la causa palestina y falta de liderazgo local luego de los episodios de las décadas de 1930 y 1940 dificultaron la organización de un movimiento nacionalista capaz de obtener resultados reales. En otras palabras, a nivel de conciencia colectiva, la identidad palestina que a principios del siglo XX estaba reservada a una elite urbana educada era ahora indiscutida en el pueblo, aunque podía esta aún definirse de formas divergentes en relación a otras formas de identificación colectiva: como sostienen Said, Abu Lughod, Hallaj y Zureik en su trabajo en conjunto, “Perfil del pueblo palestino”: *“los palestinos no olvidan su herencia: siguen identificándose con sus pueblos o aldeas natales, aun cuando no los hayan visto nunca”* (AAVV, 1985:236). Es en este sentido que Khalidi sostiene que la creación del Estado de Israel no creó una nueva identidad, sino que reforzó elementos identitarios existentes anteriormente. Para muchos palestinos, su identidad palestina pasó a ser indiscutible al compartir ahora los mismos espacios de socialización en campos de refugiados; la misma historia de expulsión, segregación y añoranza en su nuevo ambiente; o, en su defecto, al pasar a convertirse en una

minoría que se percibía como oprimida dentro del Estado de Israel. Debido a las características del pueblo palestino y los procesos que transcurrían en la región, sin embargo, tendrían que pasar casi 20 años hasta canalizar este sentimiento colectivo en una expresión política nacionalista con poder real, apoyo popular y reconocimiento internacional. Esto es así porque a pesar de esta experiencia unificadora, los palestinos atravesaron una seria fragmentación y diversificación en su status político y condiciones de vida en base a su zona de residencia. Doscientos mil de ellos permanecieron en el Estado de Israel, obteniendo la ciudadanía y siendo denominados oficialmente ciudadanos israelíes de origen árabe (lo cual no impidió que parte de esta comunidad continuara definiéndose como palestina), continuando su proceso de proletarización y pasando a vivir en estado de sitio dentro de las fronteras de Israel hasta 1966 (Zureik, 1977:10; Khalidi, 1997:179). Parte de ellos permaneció o se trasladó a la Franja de Gaza, zona anexada por Egipto. Otros migraron a Jordania o, al estar en la anexada Cisjordania, recibieron la ciudadanía jordana. Como intento de eliminar la conciencia nacional palestina, se prohibió en Jordania el uso del término Palestina para referirse a la zona anexada por el gobierno, designada oficialmente Ribera Occidental (AAVV, 1985). Otros fueron a Siria, Líbano y otros países, donde su situación varió en base a diferentes categorías de refugiados (Khalidi, 1997). En cada uno de estos países y

regiones, los palestinos se desarrollaron como comunidad de refugiados de forma diferente.

La fragmentación y los cambios en el mundo árabe llevaron a la pérdida de la autonomía política: en las palabras de Shlomo Ben-Ami, los Estados árabes vecinos “usurparon la causa palestina” (2006:34). Este hecho no fue realizado de forma violenta, sino en colaboración con el abatido liderazgo palestino, que veían a partir de su situación la necesidad de reforzar su asociación con los países árabes circundantes como socios estratégicos en su lucha por el retorno y la independencia de Palestina, llevando así al esfuerzo por parte del liderazgo palestino por declarar su lealtad al panarabismo, movimiento que tomaría su referente luego en Nasser (Al-Shuaibi, 1979).

El panarabismo, sin embargo, demostró sus límites en la práctica. A partir de los vínculos históricos con el territorio palestino, Jordania mantuvo aspiraciones a incorporar todo el territorio del Mandato Británico de Palestina, iniciando por la anexión de Cisjordania y buscando controlar las expresiones políticas de nacionalidad palestina entre aquellos que pasaron a vivir en territorio jordano (AAVV, 1985).

El nacionalismo palestino se encuentra al comienzo de este período atravesado por influencias locales y regionales contradictorias: la aspiración a la autodeterminación nacional, la fragmentación política e ideológica y las voluntades contrapuestas de Nasser en Egipto y el Rey Abdullah en Jordania. Esto se expresa en la declaración por parte del Alto Comité Árabe del Gobierno de Toda Palestina (GTP), entidad de influencia sólo simbólica, bajo protección egipcia pero sin el reconocimiento de Jordania. Su fracaso demuestra las dificultades que tenían los palestinos por obtener apoyo y reconocimiento de los demás actores en la región.

En ese contexto, dos movimientos políticos de este período que adquirieron popularidad entre los palestinos son evidencia de comienzos de reorganización, así como de dos modelos diferentes de identidad nacional y de estrategia política divergentes: el Movimiento Árabe Nacionalista (MAN) y Fatah. Mientras que el primero, fundado en la década de 1950, que refleja en su formación y desarrollo la influencia de panarabismo (al definirse como un movimiento árabe y revolucionario que buscaba la transformación de la sociedad árabe, a la que veía corrompida por el feudalismo, sectarismo y el atraso intelectual), el segundo sostenía una ideología nacional específicamente palestina que planteaba la liberación de Palestina por sus propios medios. El transpaso de la autoridad del primero al segundo coincidió con el declive del panarabismo y la figura de Nasser en la década de 1960, particularmente con la derrota en la Guerra de 1967. Es por eso que la Organización para la Liberación de Palestina, fundada por iniciativa de Nasser en 1964 y originalmente

parte del movimiento panarabista, se redefine en términos nacionalistas palestinos cuando Fatah asume el control de la organización en 1968.

Paralelamente a estos dos movimientos con influencia en Gaza, Cisjordania y la diáspora palestina, en 1958 ciudadanos árabes de Israel fundan el movimiento Al-Ard (“La Tierra”), como expresión política de nacionalismo palestino dentro del territorio israelí. Este movimiento fue ilegalizado por la Corte Suprema de Israel seis años después de su fundación y sus adherentes fueron penalizados (AAVV, 1985).

Con un liderazgo fragmentado, con sus expresiones políticas en tanto palestinos ilegalizadas en Israel y en Jordania, sosteniendo una meta (la del retorno a Palestina) pero incapaz de articular una estrategia en estado de fragmentación, y con la influencia del panarabismo tanto como diagnóstico de poder dentro del mundo árabe como estrategia política, lo cual le quitaba autonomía, pero con una identidad nacional clara y universalmente aceptada vinculada a una memoria colectiva de sufrimiento y a la resistencia avivada por la idea de un retorno en el futuro (y cimentada por experiencias de represión que reforzaban esta identidad colectiva), el movimiento nacionalista palestino se encontró debilitado hasta que los eventos de 1967 lo sacudieron de su letargo y propiciaron su unidad a partir de la aceptación de que sus reivindicaciones nacionales no provendrían de un salvador externo sino del mismo seno del pueblo palestino.

La llegada a Fatah al mando de la OLP y el reconocimiento de la organización como la representante legítima del pueblo palestino implican la salida definitiva del “interregno” en el nacionalismo palestino que se había impuesto con la derrota de 1948 y la separación del movimiento panarabista ante el cual se hallaba subsumido para finalmente definirse en sus propios términos, definiendo así su propia estrategia política.

Observaciones finales

Una de las dificultades para las ciencias sociales interesadas en la construcción de una identidad nacional que suelen partir de teorías desarrolladas en y más habitualmente aplicadas a Europa es comprender que una identidad nacional con la historia particular del pueblo palestino necesariamente actuará en conjunción con otras formas de identidad colectiva que, sin ser dejadas atrás por la idea de nación, operan de forma simultánea en una relación compleja, desafiando el concepto occidental tradicional de Estado nación.

La forma en la que esta contradicción se resuelve no es homogénea ni entendida por igual entre la población. Mientras que desde una perspectiva panarabista, la forma de identificación primaria era la pertenencia a la gran nación árabe y de ahí se derivaba su compromiso a la causa palestina y su

oposición al sionismo entendido como un ataque a la nación árabe, el nacionalismo particularista palestino representado por Fatah partía de una idea de nación palestina que, siendo parte integrante del colectivo árabe, podía y debía contar con socios estratégicos entre los Estados circundantes que la acompañarían en la ejecución de una estrategia de resistencia propias.

“Hoy, el reconocimiento de la existencia del pueblo palestino y de su nacionalismo es una condición determinante para la comprensión del conflicto entre israelíes y palestinos como una disputa entre aspiraciones territoriales y narrativas nacionales contrapuestas.”

Lejos de una relación sencilla donde el nacionalismo palestino surge como respuesta a la amenaza del sionismo y las acciones del recientemente creado Estado de Israel, es posible pensar el rol de Israel a partir de lo analizado en este trabajo tanto, por un lado, como un factor que contribuyó a la aceptación masiva de una identidad nacional palestina ya gestada con anterioridad entre algunos grupos sociales y que propició el desarrollo de su movimiento nacionalista con determinadas características (al generar experiencias y causas comunes frente a un enemigo colectivo, así como una memoria colectiva específica basada en hechos catastróficos y la resistencia inclusive en el seno de una comunidad tan diversificada social y económicamente); como, por el otro, un factor que actuó conscientemente en contra del mismo (debido a la fragmentación física y política del pueblo y los límites impuestos a sus incipientes expresiones políticas de carácter nacionalista).

De la misma forma, el rol de los Estados árabes vecinos en este proceso es complejo y cambiante, respondiendo más a intereses políticos propios que a expresiones de solidaridad nacional declamadas.

Si bien es correcto que históricamente la identificación del pueblo palestino como tal es reciente, admitir esto está lejos de plantear que se trata de una tradición inventada o impuesta por un liderazgo político o elite intelectual a un pueblo pasivo sin pasado o memoria colectiva reales. Que sea reciente no significa que sea inventado, sino imaginado en el mismo sentido en que toda identidad nacional es, según la terminología de Anderson, imaginada a partir de criterios selectivos e históricos de comunidad y articulada en base a un

proyecto político. En este sentido, la identidad palestina no es más o menos inventada que la identidad nacional judía definida en términos seculares cuyos orígenes también se remontan a la segunda mitad del siglo XIX. En el caso palestino, este proceso debe ser pensado tanto como un fenómeno con similitudes a los demás que tuvieron lugar en la región (en tanto la identidad nacional se vincula con otras formas de identificación colectiva comunes en el mundo árabe) como el reflejo de una experiencia histórica excepcional por su enfrentamiento no sólo a una potencia colonial, sino a varios factores externos y a menudo simultáneos que propiciaron diferentes modelos de identidad y proyectos políticos a nivel interno: los británicos, el proyecto de la Gran Siria, los sionistas/israelíes, los jordanos y el panarabismo, cuyo principal referente político fue el nasserismo en Egipto.

Esta comunidad fue, por lo tanto, imaginada en términos diferentes a lo largo de su historia, retrasando así su camino a la unidad y la autonomía política en una expresión capaz de movilización interna y legitimidad internacional. Esto refleja la utilidad de diferenciar entre la identidad nacional y el nacionalismo para un mejor entendimiento de la historia.

Hoy, el reconocimiento de la existencia del pueblo palestino y de su nacionalismo es una condición determinante para la comprensión del conflicto entre israelíes y palestinos como una disputa entre aspiraciones territoriales y narrativas nacionales contrapuestas. Insistir en este momento histórico en la negación de su identidad nacional no solo implica realizar una excepción inmoral (negando a los palestinos la posibilidad de una identidad colectiva que se desprende de un proceso histórico, tal como existe en todas las demás naciones) sino también un impedimento para una comprensión real del conflicto que pueda derivar en su resolución ●

Bibliografía:

Al-Shuaibi, I. (1979). The Development of Palestinian Entity-Consciousness. En *Journal of Palestine Studies*, Vol. 9, N° 1 (pp. 67-84). California: Institute for Palestine Studies, University of California Press.

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Ayyad, A. (1999). *Arab Nationalism and the Palestinians (1850-1939)*. Jerusalén: Passia.

Bar-Tal, D. y Salomon, G. (2006). *Israeli-Jewish Narratives of the Israeli-Palestinian Conflict: Evolvement, Contents, Functions and Consequences*. En R.I. Rotberg (ed.). *Israeli and Palestinian narratives of*

conflict: History's Double Helix. Bloomington: Indiana University Press

Ben-Ami, S. (2006). Cicatrices de guerra, heridas de paz. La tragedia árabe-israelí. Barcelona: Ediciones B.

Curtis, M. (2011). Palestinians: Invented People. En BESA Center Perspectives Paper n° 157. Recuperado de <http://www.biu.ac.il/SOC/besa/docs/perspectives157.pdf>

Organización para la Liberación de Palestina (1958). Carta Nacional Palestina. Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/tematica/palestina/documentos/resistencia/jun1968.htm>

Gellner, E. (1983). Nations and Nationalism. Ithaca: Cornell University Press.

Hobsbawm, E. (2012). Naciones y nacionalismo desde 1780. Buenos Aires: Paidós.

Khalidi, R. (1997). Palestinian Identity: The Construction of Modern National Consciousness. Nueva York: Columbia University Press.

Kimmerling, B. (2000). The formation of Palestinian collective identities: the Ottoman and Mandatory periods. En Middle Eastern Studies, Vol. 36, N° 2 (pp. 48-81). Londres.

Peretz, D. (1982). "Estratificación social palestina: las implicancias políticas". En Estudios Árabes, N°1 (pp. 27-52). Buenos Aires: Fundación Argentino-Árabe.

Said, E., Abu-Lughod, I.; Abu-Lughod, J., Hallaj, M.; Zureik, E. (1985). Documentos Especiales: Perfil del Pueblo Palestino. En Estudios Palestinos, N° 3 (enero-marzo 1985). Buenos Aires: Instituto de Estudios Palestinos.

Weinstock N. (1973). El sionismo contra Israel. Buenos Aires: Gosman.

Zureik, E. (1977). Toward a Sociology of the Palestinians. En Journal of Palestine Studies, vol. 6 n° 4 (pp. 3-16). California: Institute for Palestine Studies, University of California Press.